

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo III

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

366 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de noviembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz03.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO LXXXI

PREPARATIVOS PARA EL ASALTO DE PUEBLA

1º de abril de 1867

Márquez salió de Querétaro con 1,200 caballos el 22 de marzo de 1867, y tomando el camino de la Sierra se dirigió a la ciudad de México sin encontrar resistencia en el camino. Vino nombrado lugarteniente del imperio con amplias facultades de Maximiliano y con el objeto principal de obtener en la capital recursos pecuniarios y elementos de guerra, y volver con una fuerza respetable a Querétaro para levantar el sitio. Lo acompañó don Santiago Vidaurri, nombrado por Maximiliano jefe del gabinete y ministro de Hacienda. Llegó a la ciudad de México el 27 de marzo, en momentos en que se recibía del general Noriega, jefe de las fuerzas sitiadas en Puebla, una comunicación en que hacía presente que no podría sostener por mucho tiempo el sitio, y solicitaba auxilios. Márquez organizó una expedición de cosa de 4,000 hombres de caballería, infantería y artillería, entre los cuales había varios cuerpos extranjeros, y se dirigió sobre Puebla. En los Llanos de Apam recibió la noticia de que había yo tomado a Puebla, pero que los cerros de Loreto y Guadalupe se conservaban en poder de los traidores y que esperaban su auxilio. Con este objeto siguió para Huamantla, y como entre tanto se rindieron los cerros, me fue posible venir a atacarlo sin dejar ya enemigo a la retaguardia.

En la noche del 30 de marzo de 1867, el mismo día en que Márquez había salido de México, estando el sitio de Puebla en el estado que acabo de referir, recibí un parte del general Leyva, que se encontraba en Tlalpan con dos mil hombres de infantería y caballería, en que me avisaba que don Leonardo Márquez, procedente del sitio de Querétaro, había llegado a México; que había organizado en la capital una columna de más de 4,000 hombres y que con ella había emprendido

su marcha hasta San Cristóbal Ecatepec. Como de dicho punto podía marchar lo mismo en protección de los sitiados de Querétaro que de los de Puebla mandé que lo observaran y me dieran parte diariamente de los movimientos que hiciera.

Había yo mandado establecer un telégrafo militar por la cuesta de Río Frio hasta Tlalpan, y otro hasta Apizaco para tener comunicación fácil y violenta con las distintas fuerzas que estaban a mis órdenes. Además, tenía en Apizaco una locomotora con el objeto de observar al enemigo y recibir noticias exactas de sus movimientos. Cuando por telégrafo se me avisó, el 31 de marzo, que Márquez seguía su marcha por la vía de los llanos de Apam, lo cual indicaba bien que su punto objetivo era Puebla, me decidí a asaltar la plaza y empecé a sacar todos mis enfermos, heridos y bagajes rumbo a Tehuacán, con el objeto de ponerlos a salvo, en caso de que mi asalto tuviera mal éxito; pero sin decir a nadie cuál era mi propósito, por cuyo motivo todo mi trabajo preliminar fue interpretado por amigos y enemigos, como preparativos de retirada que se suponía con seguridad sería hacia el rumbo de Tehuacán y Oaxaca.

No podía hacer trabajos preliminares para el asalto sin declarar mi intención; y en consecuencia nada hice que pudiera interpretarse en ese sentido hasta bien entrada la noche del 1º de abril, pues si mis propios soldados hubieran tenido noticia de mi propósito, habría fracasado por completo.

Cuando ya no era posible ocultarlo por más tiempo porque llegaba el momento de su ejecución, lo comuniqué al general don Ignacio R. Alatorre, que me servía de cuartel maestro, y le ordené citara para una junta a todos los jefes en quienes me había yo fijado para el mando de las columnas que debían asaltar, cita que tuvo lugar en una casa que estaba en el centro de las líneas a fin de que cada jefe no se alejara mucho del lugar que le estaba encomendado.

Así se efectuó y sobre el plano de la ciudad prevenimos verbalmente a cada uno, yo y el cuartel maestro, las operaciones que tenían que practicar, señalando a cada jefe la fuerza de que debía constar su columna de asalto, la trinchera que debía asaltar, y la puerta o puertas que debía desatrincherar para hacer por allí su salida.

Ninguna columna salía a una distancia mayor de cien metros de la trinchera que debía atacar y algunas salían a menos de cincuenta.

El perímetro reatrincherado del enemigo tenía una forma elíptica

casi parabólica, cuyo diámetro mayor se extendía de Sur a Norte. En consecuencia, el convento del Carmen era uno de los puntos más distantes de la plaza, y esa circunstancia me sugirió la idea de hacer sobre él un ataque falso que llamara fuertemente la atención del enemigo e hiciera concurrir en su protección a la mayor parte o todas las columnas de reserva.

Determiné la formación de 17 columnas de asalto con el propósito de emplear tres de ellas como ataque falso y sucesivo sobre el Carmen, y con ese objeto saqué luego que entró la noche toda la artillería que estaba distribuida en nuestra línea de aproches y la establecí pasajeramente sobre las trincheras del Carmen que hacían sus fuegos al Sur.

Las tres columnas de ataque falso sobre Puebla estaban mandadas: la 1a. por el teniente coronel Jesús Figueroa, la 2a. por el general Eutimio Pinzón y la 3a. por el general Luis Pérez Figueroa.

Las de ataque verdadero estaban mandadas por los generales Rafael Cravioto, Doroteo León, Ramón Márquez Galindo, Francisco Carreón, Juan Crisóstomo Bonilla y Manuel Andrade Párraga; coroneles Luis Mier y Terán y Vicente Acuña, tenientes coroneles Juan de la Luz Enríquez, Francisco Vázquez y Genaro Rodríguez y mayores José Guillermo Carbó y Carlos Pacheco.

Cada columna tendría por término medio cosa de ciento treinta hombres. El siguiente fragmento de la orden que se dió a media noche del 1º de abril de 1867, demuestra a qué jefes se confió el mando de cada columna y qué punto debía asaltar cada una.

- "1a. Al general Cravioto, asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla.
- "2a. Al general Carreón, asalto de las trincheras de las calles Bellem e Iglesias y la brecha abierta en la manzana de Malpica. El asalto la encabezará con 100 hombres el jefe del batallón de Zapadores, teniente coronel don Genaro Rodríguez.
- "3a. A don Vicente Acuña asalto de la formidable fortificación de Iglesias, quien lo llevará a efecto con ciento cincuenta hombres.
- "4a. Al teniente coronel Francisco Vázquez se le encomienda que penetre por una brecha abierta por la artillería republicana en la manzana de Malpica.
- "5a. A los CC. coronel Luis Mier y Terán y teniente coronel Juan

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

- de la Luz Enríquez, se les previene que asalten personalmente las trincheras de las calles de Miradores.
- "6a. Al teniente coronel Guillermo Carbó que se posesione del Noviciado.
- "7a. Al C. general Juan C. Bonillas se le confía la toma del parapeto del costado de San Agustín.
- "8a. A los jefes Luis Pérez Figueroa, Andrade, Doroteo León, Vázquez Aldana y otros, que concurrieran por la parte de Oriente sobre la calle del Deán.
- "9a. Al mayor Carlos Pacheco el asalto de la calle de la Siempreviva.
- "10a. Al coronel Manuel Santibáñez se le previene que en los momentos del asalto ocurra al convento de San Agustín.
- "11a. El general Alatorre, con una columna de reserva del 3º de cazadores ocurrirá a todos los lugares en que hubiere necesidad de ayuda.

El total de mi artillería consistía en 18 bocas de fuego de sitio, de batalla y de montaña; y aunque con riesgo, la establecía a menos de medio tiro de las trincheras que debía batir en brecha.

El enemigo había cometido la falta muy grave, de no cubrir la espalda de los defensores de sus trincheras, falta que yo me propuse aprovechar, haciendo que todo ataque sobre una trinchera tuviera uno correlativo sobre la opuesta, porque de ese modo todos los fuegos que pasaran por encima de la trinchera atacada herían por la espalda a los defensores de la opuesta; y esto, tratándose de un ataque dado en la noche, sugeriría evidentemente a los que se sentían heridos por la espalda, la idea de que el enemigo había logrado entrar y los atacaba a retaguardia.

Las tres columnas que debían hacer el ataque falso fueron colocadas cerca de la artillería, aprovechando accidentes que les ponían fuera del enfilamiento de los fuegos de respuesta.

Colocadas respectivamente las otras catorce columnas en el lugar de donde cada una debía emprender su asalto, hice poner un gran lienzo formado de piezas de manta colgadas a lo largo de un alambre tendido de torre a torre de la iglesia del cerro de San Juan y suspendidas hasta el suelo, cuyo lienzo empapado en espíritu de resino debía ser encendido cuando yo lo ordenara, habiendo advertido antes a todos

los jefes de columnas de asalto verdadero, que esa gran luz era la señal para iniciar el asalto.

Desde que la noche entró, había yo prohibido que se hiciera fuego en ninguno de los puntos de la línea, sino solamente en el caso de que el enemigo pretendiera salir.

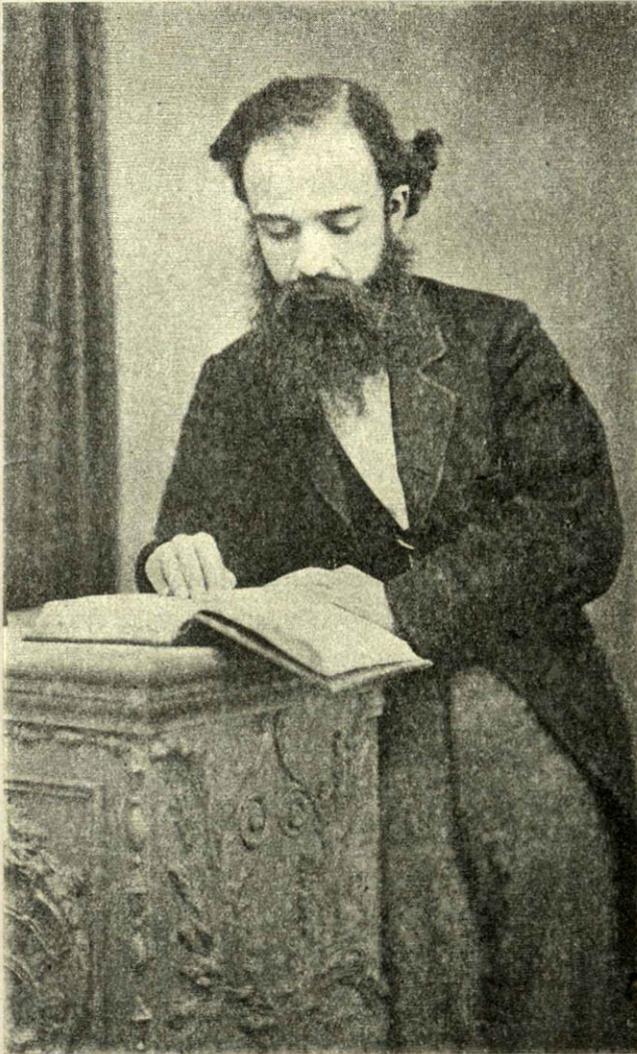
Este silencio que pronto fue observado por el enemigo, y la circunstancia de que Márquez estaba a doce leguas a nuestra espalda, pues esa noche pernoctó en la Hacienda de Guadalupe, hacía creer al enemigo que esa misma noche nos retirábamos y que tal vez estábamos ejecutando la evacuación de todas las líneas.

Dispuesto todo así, me situé cerca de la Alameda Vieja en un punto desde donde podía ver la maniobra de algunas de las columnas de asalto verdadero y las tres que debían ejecutar el ataque falso.

Era tal mi escasez de municiones que en la noche, cuando ya estuvo preparado el ataque, supliqué al general don Diego Alvarez que estaba bien provisto de ellas, me facilitara algunas y mandé recoger a la caballería que estaba formada fuera de la ciudad por el Sur y frente a los cerros, todas las municiones que tuvieran en cartucheras para dotar un poco mejor a las columnas de asalto, pues ninguna de ellas llegó a tener dos paradas completas; consolando a la caballería con la idea de que ella tenía para su defensa la lanza y el sable, y ordenando al general Toro que la mandaba, que aun cuando sintiera un ataque muy rudo en las calles de la ciudad no abandonara su puesto mientras no se le ordenara, ni intentara tomar parte en dicho ataque porque tenía noticia cierta de que el enemigo trataba de romper el sitio en esa noche, y yo estaba dispuesto a impedirlo, habiendo dado todas mis órdenes conducentes.

Mi objeto al dar esas órdenes fue lograr que por ningún motivo tomara parte la caballería en el asalto, porque entre sus individuos había mucha gente de malas costumbres, que podía causar graves desórdenes en los momentos del asalto y tal vez después. Así pues, cuando la caballería tuvo conocimiento del asalto de la plaza, ya estaba tomada.

Confieso que vacilé mucho en la conducta que debía yo seguir con motivo de la aproximación de Márquez. Salir a batirlo tenía el inconveniente de que al levantar el sitio se desmoralizaría mi fuerza y dejaría enemigo a retaguardia, lo cual empeoraba grandemente mi situación. La retirada para Oaxaca equivalía a la destrucción completa de



DON MATÍAS ROMERO, REPRESENTANTE DE DON BENITO JUÁREZ EN LOS ESTADOS UNIDOS, HACIA 1867



DON MATÍAS ROMERO, QUIEN SUGIRÓ AL GRAL. PORFIRIO DÍAZ QUE DICTARA SUS
MEMORIAS, HACIA 1881

ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ

toda la gente, y los elementos de guerra, que con tanto esfuerzo había yo acumulado y que estaba seguro se desbandarían y perderían por completo aun antes de que nos persiguiera el enemigo. No me quedaba, pues, más alternativa, que perder esos elementos en buena lid y en una empresa que si me daba buen éxito, me abriría las puertas de la capital y pondría término a la guerra. Me decidí, por lo mismo, a hacerlo así a pesar de la oposición que encontraba con algunos de mis amigos que me acompañaban, como don Juan José Baz, quien desde el principio del sitio me urgía porque fuera yo primero a ayudar a la toma de Querétaro y marchar después sobre México y Puebla. Afortunadamente el éxito coronó mis esfuerzos.
